



más que en apariencia convertidos, ó no lo estaban del todo, se refugiaban en las montañas y estaban en continua insurrección. Sin embargo, estos vanos intentos fueron pronto reprimidos, y no quedó á los moros de España, despues que se les permitió emigrar, más remedio que elegir entre el bautismo ó la muerte. Uno de los hombres más activos de este tiempo, y que más trabajó en la conversión de los mahometanos, fué el cardenal Jimenez de Cisneros, de quien hablaremos en tiempo oportuno (1).

Tales fueron, durante este período, las relaciones del islamismo y del cristianismo. Cómo fué el primero combatido por las armas del espíritu, lo veremos cuando tratemos de las ciencias eclesiásticas durante este período.

Desde principios del siglo XI, un nombre había adquirido una gran celebridad entre los griegos y despues entre los latinos; este nombre era el de Juan, preste-rey, bajo el cual muchos millones de cristianos vivían en un estado muy próspero y bien ordenado. Mucho tiempo se ha estado sin saber á ciencia fija lo que era este preste-rey y cuál era su origen; se ha terminado por suponer que era el Dalai-Lama del Tibet, porque algunos viajeros habían observado en él diversas formas religiosas análogas al cristianismo. Es probable que el nombre de Juan deba su origen á su pronunciación oriental, porque tiene afinidades con la palabra *Unchan*: este Unchan era príncipe de los caraitas, pueblo originario del mismo tronco que los mongoles. No parece que fuera cristiano ni que reinase sobre súbditos que lo hubieran sido, sino que parece más probable que los cristianos, aunque bastante numerosos al decir de Abulfaradasch, eran sim-

(1) Fr. F. Simonet, *Descripción del reino de Granada* (bajo la dominación de los Naseritas); Madrid, 1860.—Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel*, 1789.—Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos, crónica inédita del siglo XV*, 2 tomos. Granada, 1856, c. XCIX-CII.—Will. Prescott, *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel*, 2 tomos. Madrid, 1848.—Obras de Diego Hurtado de Mendoza, tom. I, Granada, 1864, *Guerra de Granada hecha por el rey D. Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*, 4 tomos.

plemente tolerados en su reino; habían sido convertidos por los nestorianos que, desde el siglo VIII, habían hecho numerosos y frecuentemente felices ensayos de conversión en el Asia del Centro, del Norte y del Este. Cuando, pues, se habla del preste-rey Juan, es menester guardarse de creer que este nombre es el símbolo de un reinado muy favorable á los cristianos. El mongol Dschingis-Chan se había casado con una hija de Unchan, príncipe de los caraitas; pero arrojó del trono á su suegro y bienhechor, colocándose en él á sí mismo en 1202. Dschingis-Chan, que encontró ya propagado el cristianismo, no se le mostró hostil, sino más bien indiferente.

Durante las grandes expediciones que los mongoles, saliendo de su desierto y de su capital Caracorum, hicieron al Asia Inferior hasta las Indias y despues hasta la misma Europa, en donde conquistaron la Rusia, inundaron la Polonia, saquearon la Silesia, los papas y los príncipes cristianos se interesaron vivamente en su conversión. Numerosas diputaciones fueron enviadas al gran Khan y á los Kanés sus subordinados; las más notables son las de Luis IX, rey de Francia, al gran Khan de los mongoles, especialmente la de 1253, presidida por el franciscano Rubruquis. Ordinariamente eran los franciscanos y los dominicanos los que estaban encargados de esta clase de diputaciones; de Rubruquis tenemos una relación de su viaje, muy interesante y bajo todos conceptos instructiva. La mayor parte de los legados que llegaban de Occidente eran bien acogidos y tratados, aun cuando no alcanzaban su objeto; hicieron algunas conversiones en la servidumbre inmediata del gran Khan, y parecía que algunos kanes subordinados abrazarían realmente el cristianismo.

En tiempo de Dschingis-khan, los mongoles hicieron la conquista de la China, y en 1215 se apoderaron de Schung-Sieng-Tu ó Pekin, como es llamado en la actualidad. El cristianismo pudo también penetrar en China y, gracias á la protección de los mongoles, fué por mucho tiempo benignamente acogido. Todavía son los franciscanos los que se dedican á esta obra. Entre los misioneros que con más



fruto trabajaron para evangelizar á la China á fines del siglo XIII, el más célebre es el franciscano Juan de Monte-Corvino (1291-1309). Su traducción de la Sagrada Escritura á la lengua mongola atestigüa que el número de cristianos, y de cristianos católicos, debía ser muy considerable; de otro modo no se explicaría cómo emprendió semejante trabajo. En 1307, Juan de Monte-Corvino fué nombrado por Clemente V arzobispo de Pekin (Cambalu), y murió en 1330. Como se ve, las más bellas perspectivas se entreveían á la predicación evangélica en tiempo de los mongoles, en todas las partes donde se extendía su dominio. En el Asia Oriental estas esperanzas subsistían aún á principios del siglo XIV, pero en la segunda mitad se desvanecieron completamente. El temible Timur ó Tamerlan favoreció por doquier el islamismo, aun entre los mismos mongoles. Un poco tiempo más y el cristianismo desaparecería hasta en sus últimos vestigios, é indudablemente toda actividad cristiana hubiera cesado entre los mongoles. Su expulsión de la China (1369), contuvo la fecundación de los gérmenes que el cristianismo había sembrado en ella durante los siglos XIII y XIV. Aquí tampoco, como se ve, había sonado aún la hora de las vastas conquistas del Evangelio entre los asiáticos, y gradualmente se extendió en las demás regiones, en donde se había conservado desde los primeros siglos de nuestra era. Violentamente comprimido de fuera, desarrollando tardíamente dentro la fuerza y la belleza divina que le son inherentes, no podía ejercer sobre los sectarios de extrañas religiones, la impresión que debe producir para ganar los corazones: estaba, pues, condenado todavía á la esterilidad allí mismo donde había sido despues de mucho tiempo adoptado. Es preciso esperar á que el celestial rocío caiga sobre sus semillas, todavía existentes, y entonces la carestía se convertirá en una abundante fecundidad, porque el mahometismo que despliega su principal fuerza, no es en el fondo, cualquiera que sea la apariencia que revista, más que una preparación para el cristianismo. Es preciso que primero manifieste toda su entera naturaleza, que revele bajo mil formas di-

versas, que está en contradicción flagrante consigo mismo, y que no responde al ideal religioso; en una palabra, que el corazón humano aspira á una cosa más elevada: cuando haya descendido á lo más íntimo de su naturaleza, como parece quererlo hacer en nuestros días, á juzgar por diversos indicios, entónces y solamente entónces, el cristianismo se propagará por Asia y producirá obras benditas y echará sólidas y profundas raíces.

En el siglo XV, cuando los portugueses navegaron al rededor de África y adquirieron posesiones de las Indias Orientales, nuevos ensayos fueron intentados en Goa y en sus inmediaciones para plantar el cristianismo en el corazón del Asia. Estos ensayos, que en su mayor parte abortaron, serán más convenientemente expuestos cuando hablemos de las misiones que se extienden desde el siglo XVI hasta nuestros días. Despues de haber estudiado las misiones de Asia, emprendémos el mismo trabajo en las diversas comarcas de la Europa.

Á principios de nuestro período quedaban en Europa vastas extensiones de territorio en parte ó totalmente extrañas al cristianismo. La obra de las misiones europeas en el curso de este período, ofrece absolutamente el mismo carácter que las del período anterior; son casi siempre conversiones violentas ocasionadas por la espada ú otros medios de coerción. Rara vez encontramos, lo confesamos con dolor, espectáculos que regocijen al corazón cristiano; la mayor parte inspiran un sentimiento de aversión, y no se experimenta más que un pequeño solaz cuando se les considera en sus consecuencias. Este método provenía de las mismas causas que las conversiones de la época anterior. Sucede, bajo este punto de vista, lo mismo que en los demás fenómenos que notamos en esta época en casi todas las esferas de la vida social; todo había sido hecho en el mismo molde.

Á fines del período anterior, todas las tribus congénicas de los germanos eran cristianas, excepto una porción bastante notable de la Suecia. La raza real de los stenikils permaneció fiel y adicta al cristianismo, y la apoyó con



toda clase de medios. En 1075, Inga, rey de Upsal, ordenó la abolición de todas las costumbres y de todos los templos paganos, y exigió que todos los suecos se hiciesen bautizar. Desgraciadamente, el paganismo era todavía más poderoso que lo que Inga suponía, y este orden le expulsó de su país; volvió en 1079 con un ejército, y derrotó á su adversario Suenon (Suen). El cristianismo fué desde entonces el único culto público de la Suecia; sin embargo, diversas costumbres paganas se conservaron durante algunos siglos, y sólo con el curso del tiempo pudieron ser extirpadas.

Entre las tribus de origen slavo-wendo, quedaba todavía al cristianismo un inmenso territorio que conquistar.

Entre los pomeranios obtuvieron las misiones evangélicas un éxito mayor, aunque todo se limitaba también á apariencias exteriores. Ya á fines del siglo anterior se habían hecho algunos ensayos para introducir el cristianismo en Polonia, pero los misioneros polacos habían sido condenados á muerte. Los esfuerzos de los polacos eran tanto más estériles, que no disimulaban su proyecto de apoderarse de la Pomerania una vez hecha cristiana, y efectivamente, muchos pomeranios se habían ya sometido á los príncipes de Polonia.

Bernardo, monje español, intentó evangelizar á la Pomerania, pero las más populosas ciudades se habían de tal modo enriquecido con su comercio con los pueblos más remotos, que viendo aparecer á este pobre monje, comprendieron instintivamente que no tenían nada que ganar con un sér tan miserable. Este ensayo abortó de nuevo.

Á contar desde el año 1124, San Othon, obispo de Bamberg (1103-1139), y uno de los más célebres obispos de su siglo, se tomó un vivo interés por la conversión de los pomeranios. Familiarizado con la lengua eslava á consecuencia de una residencia larga en Polonia, conociendo perfectamente las costumbres, el género de vida y las ideas de este pueblo, Othon podía esperar un éxito mejor que sus predecesores. Sabiendo la impresión que produciría en los pomeranios la pompa y el brillo exterior, apareció en medio de ellos

como un príncipe magnífico, seguido de un cortejo espléndido y de ricos presentes llevados en muchos carros que detrás de él venían. En el fondo, un modo tal de conversión repugnaba al carácter de San Othon, y si recurrió á él fué porque no encontraba otro medio de hacerse al ménos entender por los pomeranios. Durante los treinta días que predicó en la importante ciudad de Piritz se convirtieron cerca de siete mil pomeranios, obteniendo igual éxito en la ciudad de Camin. Al contrario, en Julin, rica y opulenta ciudad comercial, destruida por un temblor de tierra, corrió los más grandes peligros y fracasó completamente. Todo lo más que pudo obtener fué la triste promesa de seguir el ejemplo de Stettin, de aceptar el Evangelio si esta ciudad, la más antigua de toda la Pomerania, le aceptaba también. Othon se trasladó, pues, á Stettin, en donde predicó durante algunos meses: si no obtuvo más que débiles resultados, la ciudad consintió, sin embargo, en declararse cristiana, con la condición de que Othon obtuviera de Boleslao III, rey de Polonia, una disminución de impuestos. Nadie duda que Othon habría ya dado á entender que si los pomeranios se mostraban rebeldes al cristianismo, los polacos marcharían contra ellos; pero principalmente la afabilidad, la dulzura, la generosidad de Othon, fué lo que tocó al corazón de los habitantes de Stettin: los de Julin cumplieron su palabra, y siguieron el ejemplo de Stettin.

Cinco años después, en 1129, Othon regresó á Pomerania para ver los progresos de su obra. ¡Cuál no fué su desconsuelo cuando vió que un gran número había abandonado al cristianismo y encenagado en todas las infamias paganas! Esto, en efecto, no es extraño; no se puede esperar que un país se convirtiera tan fácil y sólidamente. Othon cuidó solamente de que el cristianismo continuase siendo predicado en Pomerania y fuese la única religión públicamente adoptada, dejando para después la verdadera conversión, la de los corazones. Othon quería internarse entre los rugios, pero todo el mundo le disuadió, representándole que los habitantes de esta isla eran demasiado feroces para que saliese bien semejante empresa. El



rey de Dinamarca, Waldemar, se encargó de convertirlos á su manera (1).

Á fines del período anterior, el paganismo contaba todavía entre sus prosélitos á los obotritas, á los esclavos de la Marca de Brandeburgo y á los países limítrofes. Cuando, en 1148, San Bernardo fué á predicar una cruzada en Alemania, muchos príncipes de este país, así como los reyes de Suecia y de Dinamarca, se cruzaron; pero en lugar de ir á Jerusalem marcharon contra los obotritas-eslavos (1148), creyendo cumplir así su voto. Tales fueron, especialmente, el arzobispo de Hamburgo, Enrique el Leon, Alberto el Oso, y los reyes de Suecia y de Dinamarca. Desgraciadamente se introdujo la discordia entre los cruzados, y no tuvieron mejor éxito que los que habían emprendido el camino de Jerusalem; fueron derrotados, y el príncipe de los obotritas, Nicklo, destruyó á Lubeck y saqueó al Holstein. Alberto el Oso, margrave de Brandeburgo, se propuso entonces convertir á los habitantes del Havel, y marchando con la espada en la mano, aniquiló á la mayor parte de los esclavos; llamó después á este país devastado á los habitantes de las orillas del Rin, de la Holanda, del Seeland y de Flándes, de modo que el Havel fué casi enteramente ocupado por los alemanes (2).

En 1152, Enrique II el Leon se propuso también hacer una expedición análoga contra los obotritas y otras tribus de la misma raza. El monje Vicelin es la única figura importante que se encuentra. Enrique convirtió á la manera de Alberto, y empleó los mismos medios que aquél para reemplazar á la devastada población, y hé aquí á los esclavos, ó más bien á los países ocupados por los esclavos, iniciados ya en el cristia-

nismo. Esto es infinitamente deplorable; pero es un hecho. Á contar desde esta época, hubo constantemente entre los obotritas y en la Marca algunos obispados, de los cuales unos fueron nuevamente establecidos, y otros, de origen antiguo, habían sido destruidos por los obotritas (1).

La raza finnesa y lituana comprendía los finneses, los esthonios, los courlandeses, los semigalos, los lituanos y los prusianos. Los suecos, que acababan de abrazar el cristianismo, se dedicaron pronto á hacerle penetrar entre sus vecinos los finneses, pero no supieron convertirlos más que del modo con que ellos mismos habían sido convertidos. En 1156, Erico, rey de Suecia, no dejó á los finneses más alternativa que la de hacerse cristianos ó de lo contrario les declararían la guerra. Los finneses, que no tenían noción alguna del cristianismo, se negaron á aceptarle, y los suecos, cumpliendo su palabra, derrotaron á sus adversarios en una gran batalla, é introdujeron entre ellos el cristianismo; los finneses les estuvieron en adelante sujetos, y su país fué enteramente incorporado á la Suecia. Un obispado fué fundado en Randamaki, y trasladado más tarde á Aboé (2), en donde se estableció una especie de universidad. Á medida que los suecos extendían su poder hacia el Norte, el cristianismo se insinuaba en la misma proporción, ó por mejor decir, se establecían ciertas costumbres cristianas, porque durante algunos siglos sucedió lo propio entre los lapones, y cuando se dice que se habían hecho cristianos,

(1) Gams, artículos: *Halberstadt, Hamburg-Bremen, Havelberg, Lubeck-Oldemburgo, Magdeburg, Meissen, Merseburg, Obotritem, Quedlimburg, Ratzeburg, Schleswig, Schwerin, Verden, Vicelin y Naumburg-Zeitz*, en la *Enciclopedia Teológica*, edición Gaume.

(2) El primer obispo, Enrique, fué martirizado hacia 1157; el segundo, Rodolfo, fué asesinado en la Curlandia en 1178; el noveno, Magnus, trasladó la sede episcopal á Aboé, hacia 1300.

M. Pauli Juusten, *episcopi quondam aboensis, Chronicon episcoporum finlandensium annotatum et apparatus monumentorum illustratum*.—Fr. Rühls, *Gesichte v. Schweden*, tom. I, p. 146. *Erich der Heilige*.—E. G. Geyer, *Gesichte Schwedens*, tom. I, Hamb., 1832, página 139, *König Erich der Heilige*.

(1) Estrup, *Bischof Absalon von Roeskilde*, en *Teitschr. für historische Theologie*, 1832.—Münter, *Kirchengesichte von Danemark*, t. 11, p. 320.

(2) E. Giesebrecht, *Wendische Geschichten ans S. J.*, 780-1182, 3 vol.; *Jahrbücher des Vereins für mecklenburgische Geschichte und Alterthumskunde*, Lisch, 1836-1865; Schwerin, 30 vol.; 7. Boll, *Ueber die Verlegung des Bisthums von Mecklenburg nach Schwerin*, Neubrandb., 1864.

*Die Chronik Arnolds von Lübeck, übers von Laurent*, Berlin, 1853. Arnoldus Lubecensis, muerto en 1212; *Chronica Slavorum*, 1171-1209.



significa simplemente que habían adoptado algunas ceremonias cristianas.

Difícilmente se encontraría en toda la historia de la conversión del Norte una cosa más desconsoladora, que los medios empleados para convertir á los livonios (1), y después de éstos á los estonios y á los letones. Próximamente, en 1187, Meinhard de Segebert, canónigo regular de San Agustín, trabajó con mucha prudencia y con gran éxito entre los livonios, y

(1) La Livonia no fué descubierta hasta 1158. Henrici Letti, *Origines Livoniae sacrae et profanae seu Chronicon* (hasta 1227), *cum notis*.—Tomas Haiern, *Monumenta Livoniae antiquae*.—El obispado de Livonia, cuyo título de fundación se ha perdido, se remonta hasta más allá del 1191: en otro tiempo se le llamaba *Episcopatus Ixcolanensis* (de Ixcüll). Meinhard fué aprobado por Roma en 1188: el obispado de Ikscola fué puesto bajo la dependencia de Hamburgo. En 1190, Meinhard fué creado obispo de toda la Livonia, y murió en 1196, agobiado por las fatigas y por la vejez. Todos los convertidos apostataron y tuvo que volver Bertholdo; los paganos livonios se insurreccionaron contra los cristianos de Alemania, y Bertholdo pereció en esta lucha. Alberto de Buxhoevden fué el fundador de la iglesia de Livonia. «En las circunstancias más críticas apareció como el salvador y ángel tutelar de la iglesia de Duna, elevando su poderoso brazo contra el Norte, é imprimiendo para siempre las huellas de su genio creador en los países del Báltico. Todo el celo, toda la llama religiosa de la edad media se había concentrado en él, y reunía este vigor y esta prontitud de acción, que la vida célibe comunica de ordinario á las naturalezas fuertes.» (Así se expresa el protestante Schlozer en su *Livland und die Anfänge deutschen Lebens im baltischen Norden*. Berlin, 1850, p. 61.) El gran papa Inocencio III predicó la cruzada en 5 de Octubre de 1199, para auxiliar á los cristianos oprimidos en las orillas del Duna, que sin este socorro armado hubieran todos perecido. Alberto trasladó el obispado á Riga, fundado en 1201. «Casi todos los años Alberto recorría la Alemania, predicando la cruzada en todos los pueblos, en todos los caminos y todos los establecimientos piadosos, para hacer conquistas y para inspirar el entusiasmo en favor de su Iglesia.» En 1206, según el cronista Enrique, todos los livonios, y la mayor parte de los letones se habían bautizado, y no se trataba más que de defender estas colonias alemanas, hechas rusas en nuestros días, contra los ataques de los rusos y de los lituanios.—Fundado en 1224 el obispado de Dorpat, tuvo por primer obispo á Herman, hermano de Alberto de Riga. Anteriormente se había fundado el de Reval al Oeste de la Estonia, y en 1218 el de Semgallen. El gran obispo Alberto murió el 7 de Enero de 1229. Siete años después Riga fué erigida en arzobispado.—Jacobson, *Die Metropolitan verbindung Riga's mit den Bisthümern Preussen*. Leipzig, 1836.

por haber sido este pueblo colocado en un grado muy inferior de civilización, el que mejor acogió su predicación, le familiarizó con la agricultura, con las instituciones civiles, etc., cuyas ventajas no tardaron en ser reveladas por la experiencia, captándose así su afecto, y convirtiendo un gran número de ellos. Este género de conversión, aunque lento por su naturaleza, era, sin embargo, más sólido, pero desgraciadamente no contentó á los sucesores del buen Meinhard, y hacia 1198, el monje Bertholdo de Locum, que trabajaba entre los livonios y después entre los estonios, emprendió una cruzada contra aquellos á quienes quería convertir. Muchos se habían resistido al cristianismo, y cometido por ignorancia más de un acto de barbarie contra las cosas cristianas. Era preciso evitar se repitiesen estos inconvenientes, y acelerar la obra de las conversiones. Al abad de Locum sucedió á Albrecht, canónigo de Hamburgo y obispo después de Livonia (Meinard y el abad de Locum lo habían sido también), el cual hizo frecuentes viajes á Alemania y á Roma, y predicó algunas cruzadas contra los habitantes del Norte, que todavía no eran cristianos. Desde esta época, encontramos por doquier escenas que no tenemos en verdad valor suficiente para considerar. Asaltados por los daneses y por los alemanes, sucedía con frecuencia que los livonios, los estonios y los letones, después de haber sido bautizados se dirigían hacia el Duna ó hacia cualquiera otro río, para lavarse en él el bautismo que les había sido impuesto.

El alemán, el danés, el sueco, estaban además persuadidos que, si un habitante de este país había sido convertido por un alemán, por un danés ó por un sueco, estaba sometido á la dominación de uno de estos pueblos: verdad es también que los alemanes y los suecos reducían á esclavitud á diferentes pueblos y no les dejaban ni aun la libertad civil. Seguramente que era éste un triste espectáculo: la Iglesia, sin poder completamente reprimir este encarnizamiento ciego de los beligerantes, no dejó sin embargo de poner algún remedio. Así el legado del papa Guillermo, obispo de Módena, apareció en estas comarcas como un ángel



consolador; sensible es que sus órdenes fueran tan incompletamente cumplidas. El emperador Federico II publicó una constitución en virtud de la cual todo livonio, estonio, curlandés ó prusiano (porque ya se hace mención de los prusianos), sería considerado como un libre ciudadano del imperio, si abrazaba libremente el cristianismo y no le combatía con las armas; este decreto imperial, si hubiera sido ejecutado, habría sin duda dado frutos abundantes; pero estaban entonces interesados los príncipes, en que los habitantes de estos países hicieran la oposición al cristianismo y tomaran contra él las armas, porque así los vencedores tenían un pretexto para reducirlos al estado de siervos y hacer de ellos una propiedad exclusiva. Sin embargo, las ordenanzas de Federico no dejaron por esto de ser bastante útiles.

Tal es la historia de las conversiones cristianas en las regiones del Norte. Harémos notar todavía que en 1202, ó al menos á contar desde esta fecha, Alberto, obispo de Livonia, echó los cimientos en la orden de los Porta-Espadas ó *fratres militiae Christi*, encargada de sostener el cristianismo en estas comarcas. Por lo demás, los habitantes de estos países gozaron de innumerables prerogativas: Riga fué fundada, y llegó pronto á ser una ciudad floreciente, por el comercio y por la agricultura; pero sin embargo, á pesar de todo esto, no podrémos nunca aprobar los procedimientos de conversión que entonces fueron empleados.

Ya hemos dicho algo acerca de la conversión de la Prusia; ahora vamos á resumir brevemente su historia. Á fines del siglo X, San Adalberto de Praga se había presentado como misionero entre los prusianos, y había sido martirizado (997). Otros muchos se atrevieron á marchar sobre sus huellas, y fueron igualmente condenados á muerte; entre otros el monje Bruno (1008). Más felices fueron los cistercienses polacos: Godofredo de Lukina (1207), Felipe y otros cuantos, los cuales convirtieron hasta á algunos príncipes prusianos, tales como Phalet y Sodrech. Sin embargo, sabemos que el monje Felipe fué condenado á muerte; igno-

ramos la suerte de Godofredo, pero es de suponer que probablemente sería víctima de su celo cristiano.

Los prusianos eran completamente salvajes y crueles, y próximos á la ferocidad: al decidirse á entrar de nuevo en su país los misioneros, dieron pruebas de un heroísmo sobrehumano. Sin embargo, vemos á un monje llamado Cristian (Oliva) trabajar con bastante buen éxito á principios del siglo XIII (1209-1210). Aquí también, como en todas las conversiones del Norte, intervino la pasión por las conquistas: los polacos, que codiciaban la Prusia, habían hecho ya más de una tentativa para apoderarse de ella, y habían echado mano del cristianismo para sujetarla bajo el punto de vista político; habiéndose intentado otro nuevo ensayo, los prusianos se levantaron en masa, exterminaron á todos los cristianos que había entre ellos, y destruyeron los templos y todo lo que encerraba algún recuerdo cristiano. Las provincias polacas de Kulma y de Marsovia fueron invadidas por la Prusia y terriblemente saqueadas; el duque de Marsovia, incapaz por sí mismo de dominar su furor, llamó en su socorro (1236) á los caballeros del orden Teutónico y á los caballeros Porta-Espada. Estos caballeros, en un momento reunidos (1227), marcharon contra los prusianos, á fin de establecer entre ellos el cristianismo sobre bases más sólidas. La conducta de los caballeros teutónicos para con los prusianos, especialmente al principio, no merece grandes elogios; se mostraron crueles y avaros; la lucha tenaz y sangrienta duró hasta la sumisión completa de la Prusia por los caballeros teutónicos, durante un período de cincuenta y tres años. Hasta esta época, el cristianismo no fué definitivamente establecido en Prusia, porque solamente entonces los prusianos fueron sometidos al orden Teutónico, hasta bajo la relación civil.

En la Lituania (1), el cristianismo había hecho ya algunas conquistas, aunque la casa

(1) Kojalowiez, *Histor. Lithuaniae*, part. I, Dantisci, 1650.—*Miscellanea rerum ad statum Ecclesiae in magno Lithuaniae ducatu pertinentium*. Vilna, 1650, in 4.º.—Ventura, *La Mujer Católica*, tomo II.